

ACCION DE ESPAÑA EN AFRICA

Ayer no ocurrió incidente alguno en la zona española.-- Melilla ovaciona y agasaja a las tropas.-- Una escuadrilla de aviadores bombardea algunos poblados de Beni-Bu-Ifrur

Llegan más expediciones de heridos y enfermos

FIGURAS DE LA GUERRA

EL HERMANO DE MILLAN ASTRAY

El señor teniente coronel dice que tenga usted la bondad de esperar un momento. Un cabo del Tercio nos conduce a un gabinete. Es una pequeña habitación donde los muebles lo invaden todo; esa habitación es la de todas las casas de la clase media. En una de las paredes el retrato de José Millán Astray, con levita y sombrero, ocupa medio testero. Hay esas cosas de copa, ocupa medio testero. Hay esas cosas de copa, ocupa medio testero...

El sol de Marruecos y su emoción anterior, adivinamos que pasaba ante sus ojos una divina figura de mujer. ¡Por ella! No sabemos quién es, ni cómo es, ni cómo sienta, ni cómo piensa. Sólo sabemos, sólo adivinamos, que ella, la desconocida, fué el huracán que barrió la existencia de aquel hombre que se hallaba sentado silenciosamente ante nosotros, tan sensato en sus palabras, tan comedido en sus gestos, tan correcto, tan juicioso. No fueron los negocios, ni los disgustos, ni los fracasos... Fué ella, fué ella... Ella fué la huida a Barcelona, la caída, la desesperación, el suicidio del Tercio, la marcha a Marruecos, las luchas ultrahumanas, y ese gesto de renunciamento y la frase tristísima de desaliento del ex hombre: —¡Qué sé yo...!

El señor teniente coronel que tenga usted la bondad de pasar. En el comedor se halla el jefe de los legionarios, el Sr. Millán Astray y Terreros, es decir, el Sr. Millán Terreros; pero al cual no debemos intentar suprimir el segundo apellido paterno, porque ello sería tanto como arrancarle ese gesto atrayente y simpático, rudo y sugestivo, al propio tiempo, de su padre, cuyos modos, cuya acción, cuya vehemencia irradian en el hijo. Parece, por un momento, que nos hallamos frente al D. José Millán Astray que conocimos en el Gobierno civil hace quince años, algo más joven que actualmente—no sabemos cómo evitar la ficción enojosa de afirmar que ha envejecido—, cuando recibía a los reporteros incipientes que acudíamos entonces por noticias policíacas. El teniente coronel del Tercio nos saluda como en Melilla, rápidamente, con gesto nervioso. Es muy español, muy simpático este señor Millán Astray, maestro en apreciar y encauzar la psicología de las gentes. Tiene siempre un gesto de condescendencia con todas las exigencias mundanas. Nuevamente se presta gustoso a una entrevista periodística. —¿Cómo va la herida?—preguntamos. —Bien, muy bien, con algunos dolores en la mano; pero no vale la pena de hablar de la herida, ni siquiera de mí. Eso es ya un «refrito»—añade, adelantándose a todas las precauciones reporteriles—. Millán Astray no tiene importancia. ¡Tantos y tantos jefes y oficiales como han sido heridos en Melilla, y de los cuales no se habla para nada!

Y se inicia en seguida la conversación por el derrotero de González Tablas. —Santiago Tablas es íntimo amigo mío desde que entramos en la Academia. Somos como hermanos. Nos une desde entonces una amistad estrechísima y parece como que hasta el destino nos ha llevado a sufrir juntos los mismos riesgos y a gozar de las mismas satisfacciones. Cuando él mandaba los Tabores de Regulares de Ceuta, yo fui destinado para organizar el Tercio, que empezó a operar por la parte occidental de nuestra zona. Es curioso conocer el origen de su labor guerra. Cuando llegaron las primeras tropas del Tercio a la zona de Tetuán, el general en jefe empezó a encomendarlos objetivos prudentes, con el fin de entrenar y fomentar a elementos desconocidos, cuyo rendimiento no se podía prever. Ya entonces Santiago, que siempre fué un hermano para mí, me permitía actuar de cuando en cuando, metiendo mis tropas noveles en terrenos que le correspondían. Ya en Beni Aros tuvimos bajas y alcanzamos algunos éxitos. Después, el 23 de julio, llegamos a Melilla, requeridos por la situación creada por los sucesos de Annual. Santiago Tablas mandaba ochocientos hombres, yo poco más de mil. Como usted sabe muy bien—sigue diciendo—, los Regulares y el Tercio hemos operado casi siempre en vanguardia. Como Santiago Tablas es más antiguo que yo, le correspondía el mando de aquella; pero siempre se portó tan caballerosamente que en el momento del avance dividía las fuerzas de tal forma que si él operaba por la derecha, yo me encargaba del mando de las fuerzas de la izquierda. Con frecuencia hemos ido mezcladas ambas unidades. Yo, atendiendo a la calidad de sus soldados, casi todos originarios del Rif, que luchaban contra sus padres y sus hermanos, llegué a proponerle encuadrar sus secciones con otras del Tercio; pero Santiago no lo aceptó. Esto tiene un mérito extraordinario. Yo—dice Millán Astray, siempre con un tono de voz muy alto y haciendo toda clase de ademanes y gestos expresivos—llevaba el mando de un Cuerpo de cuya lealtad estaba seguro; eran fuerzas mías; pero la situación de Santiago nadie puede comprenderla bien. Y, sin embargo, no vaciló un momento. Sabido es, porque se ha hecho público, que hubo indígenas que pidieron permiso a su jefe para ir a visitar a sus familias, en plena campaña, y después de abrazar a los suyos volvieron para reintegrarse a sus puestos. ¡Esto nadie sabe lo que significa!—grita Millán Astray accionando con la mano sana y conteniendo con la voluntad de cuando en cuando a la enferma, que aparece entrapada y que intenta algunas veces seguir a la compañera en sus evoluciones y en sus ademanes. Nadie sabe lo que supone ejercer el mando de tales tropas en tales circunstancias. Sólo a fuerza de sugestión, de actividad, de espíritu, se puede llegar a lo que se ha hecho: a lo imposible, esta es la palabra; lo imposible. ¿Sabe usted—nos pregunta—, de ochocientos moros que fueron a Melilla, cuántos quedan ileso?

—¡Qué sé yo! Cuatrocientos... —Ciento! —¿Qué enormidad! —En el Tercio también hemos tenido setecientas bajas; pero como ha ido llegando gente nueva, siempre ha estado cubierto el cupo y aun lo hemos aumentado. Los veintiocho oficiales heridos y muertos han sido sustituidos... —¿Veintiocho bajas de oficiales? —Sí, veintiocho—contesta sencillamente. —¿Pues cuántos forman la plantilla? —Treinta y uno. —¿Luego quedan tres? —Tres. Y lo mismo en Regulares. Sólo que como han desaparecido siete octavas partes del contingente indígena, no se han provisto las plazas de oficiales... Pero volvamos a lo que decía—exclama de pronto con su vehemencia característica. Tablas y yo hemos caminado por la misma senda. El tiene cuarenta y dos años, lo mismo que yo; fué herido pocos días antes que yo lo fuí; tenemos iguales concepciones del arte militar. Y nos cuenta que esto es tan rigurosamente exacto que en el combate de Casabona, cuando recibieron ambos la orden de avanzar para tomar ciertas alturas, repentinamente se puso de acuerdo previamente el mismo plan y dieron a la tropa idénticas órdenes. —Es más, y cuidado que esto es raro—añadió Millán—, yo dicté una orden que no había dado nunca, y luego supe que él había hecho lo mismo. Todavía otro dato: aquel día ambos cargamos las pistolas, cosa que no habíamos hecho jamás. —¿Fue duro el combate, ¿eh? —Millán Astray tuerce la boca un momento y cierra los ojos. —¡Muy duro!—exclama. Nos cuenta cómo se tomó el caserón, con pocas bajas—seis u ocho—y cómo después arreció la lucha de modo brutal. Ambos tenientes coroneles tenían la costumbre de comunicarse sus impresiones durante la marcha del combate. Había recibido Millán un papel de González Tablas, en que éste le decía: «La lucha es muy dura; pero la cosa va bien.» Y le comunicaba datos para el enlace de las fuerzas. Los legionarios combatían de un modo horroroso. Al contestar el parte, el comandante de Regulares, Delgado, se acercó al jefe del Tercio y le dijo: —¡Han herido al teniente coronel! —¡Han herido al teniente coronel!—repetió Millán en voz muy baja. Y ocultó la noticia. Durante algunas horas se siguió luchando. Lo que fué aquel combate ya se sabe por las amplias informaciones que se publicaron: algunas horas de fuego horroroso, en que hasta el jefe del Tercio no llegó otra noticia sino la de que Tablas, su amigo de la niñez, su hermano, estaba grave y que se moría. El tiempo transcurrió sin dejar huella de su paso. —El tiempo se desliza en los combates—dice Millán—como en una habitación oscura y silenciosa, sin provocar la noción de su paso. Terminado el combate fué a ver a Tablas al hospital. —Se abrazaron. —¡Yo soy tu imaginaria!—le dijo Millán. —¿Qué es tu imaginaria? —Imaginaria es el que releva; el que ocupa un servicio que deja el compañero, trans-

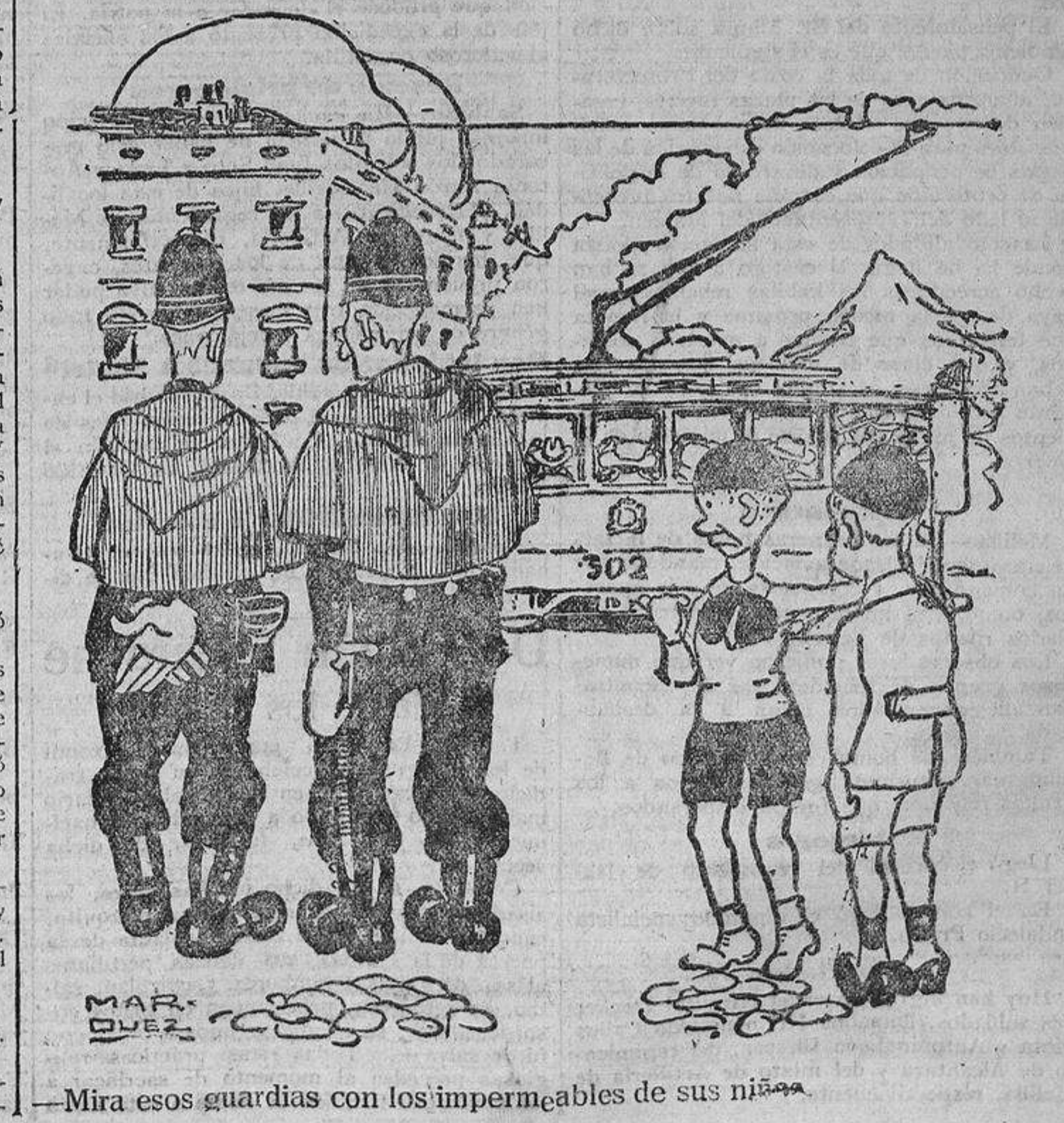
currido su turno—respondió—. Y fué su imaginaria, el día 17, en que se ocupó Nador. —¿Cómo fué? —No se hable de ello. Se lo ruego, se lo exijo. ¿Me da usted su palabra? Hace fuerza sobre nuestro propósito con tan desmesurada energía, que nos vemos obligados a ceder, muy contrariados. No hablemos, pues, de su herida, ni de los momentos que la precedieron. Pongamos al teniente coronel, ya de regreso, en el hospital, en los brazos de González Tablas, que salió a recibirle, para dejarle su lecho vacio... Un abrazo silencioso, de hermanos. —¿Y tú mujer? —No sabe nada. —¿Es grave eso? —No lo sé. —¿Tú cómo estás? —Voy mejorando. —Buena suerte. —Gracias. —Adiós. —Adiós.

—Ya lo sabe usted, Santiago Tablas es mi hermano... Así le quiero. Juntos hemos sido nombrados gentileshombres, juntos juraremos. Hasta se dice que necesita corrientes eléctricas como yo, y si es cierto, como dentro de pocos días llega a Madrid, nos trataremos juntos. Después vuela la conversación hacia otras figuras de la campaña. Sanjurjo... El cronista siente admiración por Berenguer; pero en el rostro de Millán no es admiración, es idolatría lo que resplandece. —¡Sanjurjo!—exclama—. ¡Ah! ¡Es que Sanjurjo nadie sabe lo que vale! En España no se sabe lo que es ese hombre en el campo, su serenidad, su golpe de vista... —Además—decimos nosotros—, ¡qué simpático, qué modesto, qué hombre tan bueno! —¿Bueno?—exclama el teniente coronel, levantándose y empujando la mesa—. ¿Bueno? ¿A que no sabe usted por lo único que rife Sanjurjo? Por las bajas. No nos atrevemos a darle cuenta de las bajas. Cuando se entera se enfurece, nos grita, se descompona. Al regreso de Casabona vino a nuestro encuentro. No había tenido mando aquel día. Sabía lo ocurrido. Al divisarme me tendió los brazos. «¡Cuántos han caído!», ex-

clamó. Y le vi brillar en los ojos dos lágrimas. —¿Y Berenguer? Nuevo gesto y nuevo empujón a la mesa. —Berenguer! ¡Ah! Berenguer es la fe absoluta... ¡absoluta! Y pronuncia «absoluta» cerrando los ojos y separando despacio las sílabas. El cronista siente también confianza absoluta en el alto comisario, de quien cree que es uno de los pocos valores militares con que contamos. También pronunciamos el nombre de Castro Girona y el de Gómez Souza. Gómez Souza nos detiene todavía breves momentos antes de despedirnos. Se lamenta el jefe del Tercio de la oscuridad en que se desenvuelven los trabajos de Gómez Souza. —Es una gran figura de esta guerra que no ha llegado al público. Bien merecía un comentario—dice—su actuación. Nosotros, indiscretos, sacamos a luz esta opinión confidencial, que ha caído en terreno abonado. Poco hemos visto en esta campaña; pero lo que hemos presenciado nos ha hecho vislumbrar lo que es Gómez Souza. No un artículo, un periódico entero merecería la labor del jefe de Estado Mayor del alto comisario. —¡Por algo le tiene Berenguer a su lado! —¡Naturalmente!

El teniente coronel Millán Astray habla de su codiciado regreso a Melilla. Después, ante nuestra despedida, se levanta. Momentos antes ha entrado el cabo legionario y ha entregado una tarjeta. Lee en voz alta. El vizconde de Eza anuncia su regreso a Madrid y su inmediata visita. Millán adopta un gesto especial. Su rostro adquiere un aire rígido. —¡Ah! Bien, muy bien. Me enorgullece esto, me llena de alegría... Para mí es el primero... —¿Cómo? —¡Ah, sí! el primero! El vizconde de Eza, el primero, el único. Para mí...—se encoge, cruza los brazos por delante del pecho, no sabe cómo expresarse—. El primero... Después nos acompaña hasta la puerta. Con la mano buena sacude nerviosamente la que le tendemos. Hay un momento de despedida, que es algo recio, cordial, varonil.

UN OBSERVADOR



—Mira esos guardias con los impermeables de sus niñas

JUGUETES

Cosa preferida por los niños
LUCHANA, 9



JUGUETES

Bazar Melilla
Barquillo, 6, duplicado

Las aficciones de Pepito

-Papá, háblame hoy del gorrión.
-Y qué quieres que te diga de un animalito tan conocido?
-He oído decir que en París, en los parques, los niños dan de comer a los gorriones...

La cuchara ciega

Os voy a enseñar un juego casero, muy a propósito para las tardes de lluvia en las que no se puede salir de casa sin exponerse a un baño higiénico.
Un nene, o una nena, se cubre los ojos con un pañuelo colocado en forma de venda, y con una cuchara llena de agua en la mano derecha se coloca enfrente de otro nene, que se sienta en una silla.



de pie metta con cuidado la cuchara en la boca del niño sentado, sin lastimarle y sin que se caiga el agua.
El nene que hace de «víctima» no debe poner de su parte nada por que la cuchara llegue a su boca; pero tampoco debe evitarlo con movimientos de la cabeza.
-¡Que te cueles!
Y el juego comienza de nuevo.



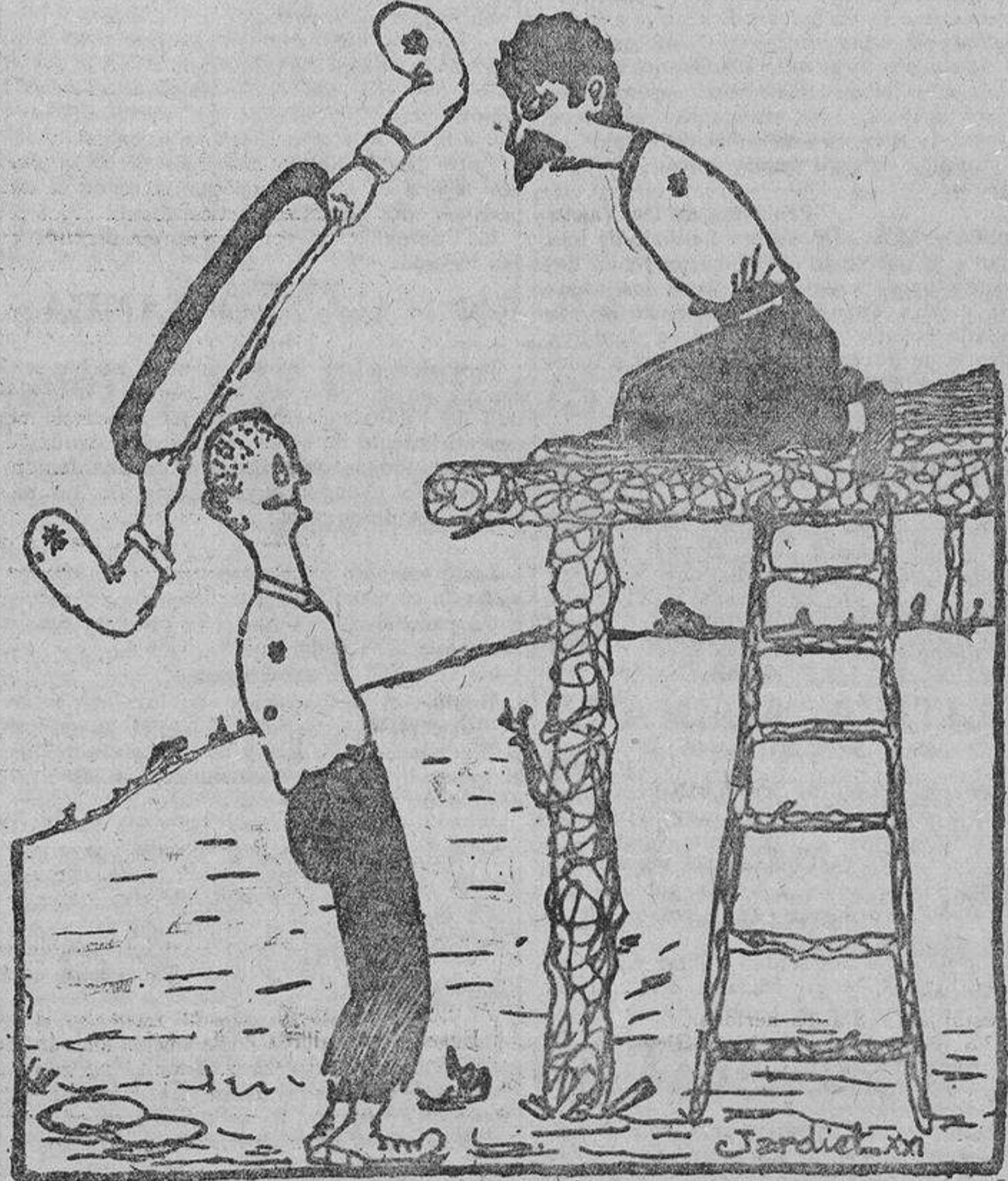
¿Veis estos dos ciudadanos? ¿No adivináis quénes puedan ser?
Pensad un poco.
¿Os dais por confundidos?
Pues voy a deciroslo:
Son nada menos que Tom Torthas y Pan-

Pin-Tao, los dos héroes estupendos de la novela de aventuras que empezaremos a publicar en el número correspondiente al miércoles 19.
Las cosas que les suceden en el transcurso de esa historia a Tomthas y Pan-Pin-Tao son tan maravillosas, tan extraordinarias, que el que las lee se queda bizzo del izquierdo durante dos días consecutivos.
La historia será emocionante y entretenida.
¡Preparaos, chipilines!
Por hoy no adelantamos más noticias.

LA PRINCESITA SALVAJE

Cuento que puede ser representado
(Continuación.)

Méndez Menda.—No podemos entregaros las armas, señor.
El rey.—¿Por qué?
Méndez Menda.—Porque nosotros consideramos una deshonra la entrega de las armas. Antes tenemos que combatir con ellas hasta morir.



La sierra de Gredos

He aquí, preciosos infantes, reyes de la simpatía, al Sr. Gredos y a su hijo Melecio con su célebre sierra.
Como veis, se dedican con todo entusiasmo a aserrar el madero que sobresale del tendere-rete.
Por si no habéis leído los números anteriores de este colosal periódico, os voy a explicar brevemente lo que hay que hacer para lograr el movimiento de los Gredos, padre e hijo:
Recordad las dos piezas, pegadlas por separado sobre un cartón y pegad un pedacito de cartón en el brazo derecho del hijo de Gredos. Unir los brazos a los cuerpos por * y por medio de un hilo; atad otro hilo al brazo susodicho, agujereando previamente el *, y pasad el hilo por el o.
Después... nada más. Tirad del hilo repetidas veces y la sierra de Gredos funcionará de una manera fantástica.



El juguete terminado:

El rey.—Pues voy a ordenar que te maten.
Méndez Menda.—Matadme, es preferible que me maten en seguida.
(En este momento entra la princesita salvaje, hija del rey.)
La princesita.—¡Padre, no mates al hombre que es noble y valiente! Mira que hay muchos, y tiene mucho poder. Si matas a éste, que es su jefe, vendrán, y con el fuego de sus escopetas lo arrasará todo, arruinando nuestro reino. Si no le matas ni le haces mucho más guapo que los que ahora tengo, además, con su escopeta me guardará, por sea como sea, congnigo.

El rey.—Me pides lo imposible, hija mía. Ha herido a doce indios, y tiene que morir.
Méndez Menda.—(Aparte.) La princesita es muy bonita; me gusta. La princesita tira que sea hija de este rey tan feo.
(Se acerca a la princesita, le hace una reverencia y le besa la mano, sonriéndole expresivamente.)
La princesita.—(Aparte.) ¡Qué guapo es! Sonríe de una manera que infunde confianza y alegría. El beso que me ha dado en la mano me ha producido una impresión muy agradable.

Méndez Menda.—(A la princesita.) Guapa princesa. Sois muy hermosa, y tenéis una voz de ángel.
El rey.—(Al jefe.) ¿Qué haces que no cumples mis órdenes? Te he dicho que mates al español y que le mates.
La princesita.—(Al rey.) Padre, suplico tus órdenes. Concedeme siquiera algunas horas para que podamos meditar lo que debe hacerse.
El rey.—Te he dicho que debe morir y moriré ese hechicero. (Al jefe.) Retírate de mi presencia y cumple mi orden.
El jefe.—(Al español.) Ven.
(La princesita se retira también con el jefe y Méndez Menda, seguidos de varios indios.)
El rey.—Siento de veras no poder acceder al ruego de mi hija; pero si deo con vida a ese hombre, perderé mi trono.
(Sale el rey con su séquito, por el camino opuesto al que siguieron la princesita y los demás, y aparecen otra vez aquélla y Méndez Menda.)

Méndez Menda.—Os agradeceré mucho vuestro proceder. Me habéis salvado de la muerte; pero también habéis salvado a vuestro padre, porque mi vida le habría costado la suya. Los indios me habrían vengado.
La princesita.—Reconozco tu poder y el de los tuyos; pero ten presente que debo defender a mi padre. A él le debo la vida, y su reino es el mío, porque, cuando él muera, yo seré su única heredera, ya que no he más hija que yo. Si tú y los tuyos pretendéis arrebatarnos nuestro reino, a pesar de mi interés por tí, me veré obligada a ponerme al frente de mis queridos indios para guerra contra vosotros, aunque estoy segura de que vuestro poder es mil veces mayor que el nuestro, gracias a esa civilización de que me has hablado. Si vuestra intención no es rebarnos lo que nos pertenece, si solamente tratáis de instruirnos, como dices, y de hacernos más felices, entonces estaré siempre a tu lado para defenderte de todo peligro que amenace tu vida y la de los tuyos.
Méndez Menda.—Gracias, muchas gracias, princesita. Veo que eres una mujer de bien, y que el día que os civilizéis, llegará a ser sabida. Puedéis estar segura de que yo, mi rey, ni mi patria, pretenden arrebatarnos vuestro reino. Los informes que yo dé a la nación serán siempre muy buenos respecto

(Concluirá.)

El pez que ilumina

Los naturalistas, que suelen ser unos señores más raros que un «fox-trot», le han puesto al pez de que os voy a hablar el nombre de «Lampyrus Lucifer». ¡Hay que agarrarse!
Claro que, como vosotros sois unos buenos chicos, completamente enemigos de los camelos, siempre que no se utilicen para dar la lección, en clase, no os molestaréis en aprender de memoria ese nombrecito, y por eso yo, con esta frescura que me caracteriza, les he enmendado la plana a los naturalistas, y le llamo el «pez-osram». Eso se entiende mejor, ¿verdad?
Buena, pues adelante.
Este pez vive muy profundo, y lleva en la extremidad del hocico un órgano que puede producir una luz bastante viva.
¿Que para qué sirve esa luz que el pez enciende y apaga cuando quiere?
¡Ah! Es muy sencillo.
Cuando el «pez-osram» tiene apetito enciende el faro; la luz atrae a los peces pequeños, que, como los chicos, siempre están dispuestos a husmearlo todo, y se abalanzan hacia la luz.
Entonces el «pez-osram» abre la boca, y ¡para qué os voy a decir! ¡Se come hasta los cangrejos!
Como veréis, el «pez-osram» es un visual.

Mañana publicaremos la hoja de-cadada a CULTURA FISICA Y TURISMO

(75)
Folleto de «La Correspondencia de España»

LAS HIJAS DEL SALTIMBANQUI

FOR

XAVIER DE MONTEPIN

(Reprodución de la reproducción)

posada del Corzo de Plata, hasta hace poco, disfrutada de hombre, y el señor barón iba a visitarla casi todos los días.
Y a no haber sido porque la señora Mónica, la posadera, irritada de ver ese escándalo, la despidió de su casa, aún seguiría en el mismo sitio.
-¡La prueba! ¡La prueba!
-Si la señora condesa no quiere enterarse por sus propios criados, puede interrogar al doctor. El ha sido el primero que se enteró del caso.
-¿Con que es cierto?—balbució Leonor.— ¡Me engañaba! ¡Me engañaba villanamente! ¡Quería ser rico a cualquier precio, y por una rival me ha estado asesinando con la sonrisa en los labios!
Interrumpió de pronto, y luego, con creciente agitación, prosiguió:
-Pero una vez muerta yo, quedaba mi hija...

-Ah, señora!—repuso Pedrina.— ¿Hubiera respetado a la hija la mano que asesina a la madre?
-¡Es decir, que hubiera muerto a mi hija!—exclamó Leonor horrorizada.— ¡Y yo que iba a confiármela! ¡Ah! Señor, Señor, Dios mío, concedéme la vida para que yo defienda a mi hija! Pero no, Dios no me oye. Me muero, Pedrina, me muero.
Y la condesa de Keroual, presa de un nuevo ataque más violento aún que los anteriores, parecía que por momentos iba a exhalar el último suspiro.
Pedrina, viendo que los cuidados que prodigaba a la condesa eran inútiles, creyó que se moría, y llena de miedo corrió hacia la puerta pidiendo socorro.
Leonor lo oyó, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominar su agonía, le dijo:
-¡Calla! ¡No llores! Que nadie se entere, y cuando yo haya muerto, que todo el mundo ignore el crimen.
-¿Queréis, pues, que el asesino triunfe con la impunidad?—exclamó Pedrina.— ¡Oh! ¡No, no será así! ¡Nunca lo consentiré!
-¡Silencio, te digo!
-¡Denunciará al señor de Streny!—prosiguió Pedrina poseída de una febril agitación.
-¡No! ¡Cien veces no!—murmuró la condesa.
-Voy a llamar a la Policía y a entregarle a la justicia para que vaya a concluir su infame vida en un presidio o en un cadalso.

-Pedrina, no hagas eso; yo te lo prohibo.
-Pero ¿por qué, señora? ¿Seguís todavía amándole?
-Le odio y le desprecio... Pero acusarle sería deshonorar mi nombre y el de mi hija. ¿Comprendes? Yo creía en su amor; tuve confianza; era viuda, era libre; el matrimonio me parecía seguro... ¡He sido débil, he sido culpable... y él tiene cartas mías con que probarlo!
-¡Ah! ¡Miserable!—gritó Pedrina, arrebatada de cólera.— ¡Miserable! ¡Todo lo ha previsto! ¡Ha querido hacer imposible hasta la venganza!
-Si se viese, pues, conducido ante los Tribunales, presentaría mis cartas e infamaría mi memoria, haciendo recaer la vergüenza sobre mi hija. Es preciso callar, Pedrina; es preciso callar. Pero ante todo, es preciso salvar a mi hija y arrancarla de entre sus manos, porque si no la mataría, como me mata a mí.
-¿Qué hacer? ¿Qué hacer?
-No lo sé todavía; pero ya se me ocurrirá. La sangre hierve en mis venas; la cabeza se me arde. Mas ¿qué importa? ¡Es preciso buscar, es preciso encontrar un medio! Veamos. Un poco de calma y recapitemos. El barón de Streny posee un testamento escrito y firmado por mí, en que le nombro tutor de mi hija.
-Habéis hecho eso, señora?—balbució Pedrina llena de espanto.
-¿Qué quieres! Ya te lo he dicho. ¡Estaba loca! ¡Creía en ese miserable! Pero ya sabré reparar el daño.

-¿Y cómo? Jamás consentiré él en deshacerse de ese documento.
-Sí; pero yo voy a anularlo. Ponme sobre las rodillas ese pupitre, dame papel y moja una pluma; por muy pronto que venga la muerte, siempre me dará tiempo para escribir.
XXXVI
El resguardo.
Pedrina se apresuró a obedecer.
-Escucha bien lo que voy a decirte—dijo la condesa—, y guarda en la memoria mis palabras: Hay en París un banquero que se llama Felipe de la Briere, a quien he confiado toda mi fortuna, y que es la honrada personificada. A él le nombro tutor de mi hija, por esta mi última disposición. Tú le llevarás a Berta, poniéndola bajo su protección y amparo, y ya no te separarás de mi hija. El se encargará de dar la debida recompensa a tu abnegación y tus sacrificios, asegurando tu porvenir y el de Georgina.
Dichas estas palabras, Leonor, a quien su amor de madre comunicaba una energía sobrehumana, trazó con mano rápida y segura algunas líneas sobre el papel, mientras Pedrina sollozaba.
Luego que la condesa hubo terminado lo que tenía que escribir, encerró la carta en un sobre, puso encima las señas del banquero, y prosiguió:
-¡Vamos, hija mía, enjuga tus lágrimas! No es este el momento de llorar. Aquí tienes la llave de aquella papelera;

ábrala en seguida, no tenemos tiempo que perder.
Pedrina hizo lo que le ordenaba Leonor.
-En ese mueble—continuó esta última—hay dos o tres cartuchos de oro y los títulos de mi fortuna. Estos títulos están encerrados en la cartera encamada, con mis armas, que venís en la primera carta. Toma la cartera y el oro, y vete en seguida del castillo, llevándote a mi hija.
-¡Salir del castillo!—repitió Pedrina con estupor.— ¿Cómo queréis que abandone?

